



Caminar hacia la verdad de mi vida

Por María Denise Estremero

Queremos llegar... a concretar un proyecto, a lograr una meta, a la felicidad, a Dios... Lo cierto es que en algún momento de nuestra existencia nos damos cuenta de que nos hemos puesto en camino. Que nuestra vida es movimiento y que innumerables horizontes nos han hecho “salir de nuestra comodidad” y des-instalarnos. Horizontes que con diversas motivaciones nos seguirán invitando, desafiando, entusiasmando.

El hombre es un buscador, un caminante.

Pero si nos arriesgamos a enfrentar los deseos más profundos que animan esas búsquedas, veremos que detrás de cada horizonte (ya sea profesional, afectivo, recreativo, intelectual, espiritual, etc.) hay un único anhelo: Ser felices y lograr sentirnos plenos, en una experiencia en donde no exista el miedo ni la angustia, en donde la confianza y la alegría surjan de la certeza de que pertenecemos a algo, a Alguien. De que somos amados y valorados, de que no necesitamos “demostrar nada” a nadie...que hemos llegado a nuestro Verdadero Hogar.

Las sagradas escrituras nos hablan de diversas maneras de esta búsqueda, los salmos nos muestran los deseos de “vivir en la casa de Dios”, de refugiarse bajo sus alas, y de encontrar protección en su templo santo. En los evangelios, Jesús invita a Andrés y a Juan a permanecer en su hogar, (Jn 1, 38-39), nos revela que él mismo es el nuevo templo (Jn 2, 19) y el nuevo refugio (Mt 11, 28), y nos anuncia que Él mismo nos preparará un lugar “en la casa de su Padre”. (Jn 14, 1-2).

La parábola del Hijo Pródigo (Lc 15, 11-32) también expresa este drama humano: el anhelo de felicidad, muchas veces nos hace alejarnos del verdadero hogar y de nuestra propia identidad, cuando tomamos el rumbo equivocado para intentar saciar nuestra sed “de eternidad”.

Siglos después, místicos como San Juan de la Cruz expresarán esta búsqueda de Dios en sus poesías, como el Cántico Espiritual, la noche Oscura o Llama de amor viva... Y la representación siempre es la misma, el hombre “sale” en busca de Dios, como esa flecha lanzada hacia la eternidad (San Agustín).

¡Qué maravilloso es descubrir, frente a estos anhelos, que nuestro Dios “HA PUESTO SU MORADA ENTRE NOSOTROS” (Jn 1, 4)! Sí, porque si nosotros queremos “vivir en Dios”, Jesús, que es plenitud de Dios, se hizo nuestro hogar.... Si leemos con atención, no sólo el prólogo del evangelio de Juan, sino todo el evangelio, veremos que el misterio de la encarnación nos revela que no debemos ir muy lejos para encontrar lo que anhelamos...



o Tandil

EL CAZADOR

Me has forjado caminante,
buscador de horizontes
más lejanos y claros.
Ser un rastreador paciente
de tus huellas amadas
es la cruz que yo abrazo.
Señor, que este mi corazón
velando ardiente,
cuida que no me olvide
de mi destino;
que nunca la soberbia
este en mi frente,
manténme como humilde
peregrino, cazador paciente,
viajero en camino.
Como el cazador que anhela
y no alcanza su presa
desfallezco y me canso.
Me detengo y eso es vano;
solo vivo si pongo
mi esperanza en lo arduo.
Si mi marcha te conmueve,
y alivianas mi carga y
agilizas mis pasos... Nos
veremos una aurora, y sabré
al alcanzarte
que soy yo el alcanzado.



Jesús se ha hecho hombre para estar en nuestro corazón, para mostrarnos todo lo valioso y divino que hay en nuestra existencia, para darnos “el poder de ser llamados Hijos muy amados del Padre” y reconocer en nosotros las “HUELLAS” de esa HERENCIA PATERNA: nuestra capacidad de amar, nuestra libertad, nuestra poderosa voluntad capaz de seguir eligiendo el bien, aún en medio de las sombras. Y así al entrar en la intimidad absoluta de nosotros mismos, Jesús nos ofrece la oportunidad de entrar en su propia intimidad con Dios.

El camino hacia la felicidad, que es nuestra vida, es entonces de algún modo un camino HACIA NOSOTROS MISMOS. Porque lo que anhelamos, la morada de Dios, POR JESÚS, EN JESÚS Y CON JESÚS, está ahora también en nuestro propio corazón.

Esto nos permite mirar nuestra existencia con ojos nuevos, con los ojos del amor que Dios siente por nosotros. La verdadera autoestima, la aceptación que nos permite asumirnos y amar nuestra existencia, surge de la certeza de que Dios NOS CREÓ y nos AMÓ PRIMERO (1 Jn 4,19). No somos “por esencia”, ni existimos por error o casualidad. Tampoco hemos decidido por nosotros mismos SER. En el principio, hay una iniciativa de alguien que “me ha dado a mí”, no como cualquier hombre, cualquier mujer; sino como “éste hombre”, “esta mujer” Sólo por el hecho de “SER”, puedo percibir que “SOY AMADO”. Nuestra vida es el primer regalo precioso que Dios nos brinda, para que disfrutemos multiplicando y reflejando su Amor. Y los regalos “no se regresan”, se agradecen, no se “pagan”, son gratuitos y son expresión de amor y donación.

Caminar hacia la verdad implica animarse a una experiencia de intimidad, de encuentro con LO QUE SOMOS, valorando nuestros dones, asumiendo nuestros límites, perdonando pecados y corrigiendo errores. Ahora podemos comprender el sentido de toda disciplina espiritual, que invita a “caminantes” y “buscadores”, no sólo a “salir”, sino a entrar en nosotros mismos, en el silencio, la oración, la intimidad. El camino externo debe acompañar y reflejar una búsqueda interior, en la que logramos escuchar, en el silencio, la voz de Dios que me revela la verdad de mi vida: 1 Jn 3, 1

Para comentar: ¿Me reconozco como un “buscador”? ¿Le he dado tiempo y espacio a mis búsquedas interiores? ¿Qué misterio nos revela Jesús, que hoy puede sostener nuestra autoestima? ¿Cuándo puedo ser capaz de dar gracias por mi identidad, asumiendo y amando mis límites y potenciando mis dones?